

Más sobre el hombre de la mosca y del colchón

4



«Y si el hombre de la mosca fuese un naturalista, un entomólogo?» nos pregunta uno que leyó nuestro pequeño ensayo sobre él y el del colchón.

Ah, si el hombre de la mosca fuese un naturalista, un entomólogo, es decir, un contemplativo, un rebuscador de la verdad, por humilde e insignificante que éste parezca, y de la verdad por la verdad misma, entonces el hombre de la mosca estaría justificado al perseguir al animalito de tres patitas y dos alitas, y aun al prescindir de todo lo demás por perseguirlo. ¡Quién sabe los misterios de la vida y de la muerte que cabe sorprender en el organismo de una mosca de pintita blanca, roja, azul o dorada en el coselete! ¡Quién sabe lo que respecto a la constitución social de un pueblo se puede descubrir en el fondo de una condecoración, de un título, de una senaduría, de una plaza de académico, de un ministerio! Y si uno aspira a ser condecorado, titulado, asenadorado, academizado o ministeriado, para mejor poder estudiar ciertos problemas sociales, queda el hombre de la mosca justificado. Pero es que entonces no es a la mosca, sino a la verdad, a la que persigue. Y aún cabe que al perseguir, al parecer, a la mosca, persiga a la justicia. Mas esto se conoce.

«Es que hay objetos más dignos de estudio que una mosca», se nos dirá. No, no hay objetos más dignos de estudio que otros. La dignidad del estudio no la da el objeto. Tan digna de estudio es una mosca, y aun un mosquito, como un elefante o un mamut. Y aun en el respecto de la aplicación práctica, el estudio de la mosca tsétsé contribuye a combatir la enfermedad del sueño, que ha matado a millones de negros, que son hombres, y el estudio del mosquito anofele contribuye a combatir el paludismo, que mata, directa o indirectamente, a millones de blancos. Y algunas de esas moscas sociales—condecoraciones, títulos, senadurías, sillones de académico, ministerios, etc., etc.—son moscas tsétsé, que matan de sueño, o mosquitos anofeles, que matan de paludismo a no pocas almas.

¿No encontraríais heroico el que un investigador hiciera que le picase la mosca tsétsé o el anofele, para inocularse así la enfermedad del sueño o el paludismo y poder mejor estudiarla en sí mismo? Sólo que los que persiguen moscas sociales no suelen hacerlo con el propósito de estudiar en sí mismos sus terribles efectos. No recordamos ahora ningún hombre público que haya buscado el que le hagan ministro para estudiar en sí mismo, en su conciencia, los terribles y desintegradores efectos de esa enfermedad, para ver cómo se le perturbaba la inteligencia y cómo se le entenebrece la conciencia, y cómo, perdiendo la libertad interior, la santa libertad, se hacía un esclavo.

Y también cabe defender el que en medio de formidables terremotos sociales persiga a una mosca un entomólogo, cuando es un verdadero entomólogo, un filósofo de la entomología, y no un mero y simple y miserable coleccionador de insectos, es decir, un mentecato. Durante el sitio de Siracusa por los romanos, el año 212 antes de Cristo, el siracusano Arquímedes; que en él murió, dicen que estaba absorto, mientras se bañaba, en el descubrimiento del principio físico que lleva su nombre. Es el que salió gritando, según cuenta: *heúreca, heúreca* (con aspiración de la hache y esdrújulo, y no *eureca*, llano, y nada de k, que es una letra antipática..., y dispensen esta pequeña pedantería de catedrático, ¡ay!, de griego). Arquímedes queda justificado ya que su descubrimiento ha tenido en la cultura humana muchas más consecuencias que el sitio de Siracusa por los romanos, el año 212 antes de Cristo.

Durante la Revolución francesa, que fué una época no más preñada de porvenir y de hechos universales y eternos que es esta época de la Revolución rusa y mundial en que nos ha hecho Dios la merced de dejarnos vivir y ver y oír, durante aquella época cuéntase que Goethe se interesaba más que de la marcha de la Revolución, de las discusiones que en la Academia de Ciencias, de París, mantenían Geoffroy de Saint-Hilaire y Cuvier sobre

Recogido en "de esto y de aquello", tomo II







principios biológicos, de que salió luego la doctrina de la evolución orgánica de los seres vivos. Y nadie culpará a Goethe por eso. Que si la Revolución francesa ha moldeado nuestros espíritus, no los ha moldeado menos la doctrina transformista, y aun sin ésta, los efectos de aquella habrían sido muy otros y muy endebles. ¿Y se le culparía a uno que entre el fragor de esta guerra se aislara y recogiera para proseguir una investigación victoriosa de que pueda derivarse la curación del cáncer?

Mas no queremos descender—¡sí, descender!—a las aplicaciones pragmáticas de la ciencia; no queremos que el bárbaro materialismo industrialista, que ha desencadenado esta guerra, nos contamine. Con que un cazador de moscas no persiga al cazarlas nada más que descubrir una parte más de la verdad, por remota y humilde que esa parte sea, debe bastarnos. La verdad, ante todo. Y el que llegue a saber toda la verdad de una mosca, sabrá toda la verdad del Universo; el que llegue a penetrar todo el sentido social de una condecoración o de un ministerio, llegará a penetrar el misterio de la sociedad humana.

«Hay quien, a modo de mosca, persigue a una luciérnaga volante o rampante, y es para clavarla con un alfiler en el sombrero y que le alumbré el camino de la vida», se nos dice. ¡Pobre! Pero no; él sabe bien que la luciérnaga no le alumbrará su camino;

lo que busca es que le vean a él, al hombre de la luciérnaga, en la oscuridad de la noche, y que no tropiecen. Busca evitar tropezones o simplemente que se repare en él, merced a su luciérnaga, o mejor, a la luciérnaga cuyo es él. Pero hasta la vanidad es respetable, y aun admirable cuando es heroica, cuando es trágica. La vanidad de un Chateaubriand es sagrada, pues que produjo a René. Pero la minúscula, la microscópica vanidad de nuestros hombres-moscas, los de sus moscas, ¿qué ha producido? Ni como hombres-moscas nos ofrecen interés alguno. Y si los tomamos como objeto

de estudio, somos nosotros los que les prestamos un interés de que carecen, poniendo un alma que les falta debajo de su no alma. Les engrandecemos al estudiarlos, a ellos y a sus moscas.

Por supuesto, que no conocemos ni uno, ni uno sólo de esos hombres-moscas, a la caza de sus sendas moscas, que lo haga por amor a la verdad y para ensanchar, aunque sea entomológicamente, los dominios de ésta. Es más, a nada le tiene más miedo el hombre de la mosca, mosca él mismo, que a la verdad. La verdad es una hoguera en que se abrasa, y si va a dar en ella es enloquecido, es deslumbrado, es en suicidio. La verdad es para él la muerte. Y por eso no teme acaso a la muerte, y hasta la arrostra por atrapar su mosca, pero tiembla ante la verdad. Que hay hombres impávidos ante la muerte y aterrados ante la verdad. Porque la verdad aclara las moscas y nos hace ver lo que son.

*Initium sapientiae timor Domini* (El principio de la sabiduría es el temor de Dios). Pero esa sabiduría es el temor de Dios servil. El principio de la sabiduría libre no es el temor, sino el amor de Dios, que es la Verdad. No es el temor, es el amor a la verdad lo que nos hace libres, esto es, sabios.

Mas de esto, que se complica, otra vez. Quedémonos por ahora en que para nuestro hombre de la mosca ésta no es una verdad.

MIGUEL DE UNAMUNO

